PAULO
COELHO

EL MANUSCRITO ENCONTRADO EN ACCRA

EN UNA NOCHE MÁGICA, TODAS
LAS PREGUNTAS TENDRÁN RESPUESTA

Planeta

PAULO COELHO

EL MANUSCRITO ENCONTRADO EN ACCRA

TRADUCCIÓN
ANA BELÉN COSTAS

Planeta

Me gustaría mucho
comenzar estas líneas escribiendo:

«Ahora que estoy al final de mi vida,
dejo para los que vengan después
todo lo que aprendí mientras
caminaba por la faz de la Tierra.
Haced un buen uso de ello.»

Pero, lamentablemente, eso no es verdad. Tengo sólo veintiún años, unos padres que me dieron amor y educación, y una mujer a la que amo y que me ama. Sin embargo, la vida se encargará de separarnos a todos mañana, cuando cada uno deba partir en busca de su camino, de su destino o de su manera de afrontar la muerte.

Para nuestra familia hoy es el día 14 de julio de 1099. Para la familia de Yakob, mi amigo de la infancia, con quien solía jugar por las calles de esta ciudad de Jerusalén, estamos en 4859. A él le gusta decir que la religión judía es más antigua que la mía. Para el respetable Ibn al-Athir, que se ha pasado la vida intentando registrar una historia que ahora llega a su fin, está a punto de terminar el año 492. No estamos de acuerdo en las fechas ni en la manera de adorar a Dios, pero en todo lo demás la convivencia ha sido muy buena.

Hace una semana, nuestros comandantes se reunieron: las tropas francesas son infinitamente superiores a las nuestras y están mejor equipadas. A todos se les dio a escoger: abandonar la ciudad o luchar hasta la muerte. Porque, seguramente, nos derrotarán. La mayoría decidió quedarse.

Los musulmanes están en este momento reunidos en la mezquita de Al-Aqsa, los judíos escogieron el Mihrab Dawud para concentrar a sus soldados, y a los cristianos,

dispersos en muchos barrios, se les ha encomendado la defensa del sector sur de la ciudad.

Fuera ya podemos ver las torres de asalto, construidas con la madera de barcos especialmente desmontados para ello. Por el movimiento de las tropas enemigas, imaginamos que mañana por la mañana atacarán y derramarán nuestra sangre en nombre del papa, de la «liberación» de la ciudad, de la «voluntad divina».

Esta tarde, en el atrio donde hace un milenio el gobernador romano Poncio Pilatos entregó a Jesús a la multitud para que lo crucificasen, un grupo de hombres y mujeres de todas las edades ha ido al encuentro del griego que aquí todos conocemos como el Copto.

El Copto es un tipo extraño. Decidió dejar su ciudad natal de Atenas cuando era un adolescente para ir en busca de dinero y aventuras. Terminó llamando a las puertas de nuestra ciudad casi muerto de hambre y, al sentirse bien acogido, poco a poco abandonó la idea de continuar su viaje y decidió instalarse aquí.

Consiguió empleo en una zapatería y —al igual que Ibn al-Athir— empezó a registrar para el futuro todo aquello que veía y escuchaba. No intentó unirse a ninguna práctica religiosa, y nadie intentó convencerlo de lo contrario. Para él no estamos ni en 1099 ni en 4859, y mucho menos al final del año 492.

En lo único en lo que cree el Copto es en el momento presente y en lo que él llama Moira: el dios desconocido, la Energía Divina, responsable de una ley única que no puede ser contravenida jamás, porque entonces el mundo desaparecería.

Al lado del Copto estaban los patriarcas de las tres religiones seguidas en Jerusalén. No apareció ningún gobernante mientras duró la charla, pues estaban demasiado preocupados con los últimos preparativos para ejercer una resistencia que creemos totalmente inútil.

«Hace muchos siglos, un hombre fue juzgado y condenado en esta plaza —comenzó el griego—. En la calle de la derecha, mientras caminaba hacia la muerte, se cruzó con un grupo de mujeres. Al ver que lloraban, dijo: "No lloréis por mí, llorad por Jerusalén." Profetizaba lo que está sucediendo ahora. A partir de mañana, lo que era armonía se convertirá en discordia. Lo que era alegría quedará sustituida por el luto. Lo que era paz dará lugar a una guerra que se extenderá por un futuro tan lejano que ni siquiera podemos imaginar su final.»

Nadie dijo nada, porque ninguno de nosotros sabía exactamente qué hacía allí. ¿Íbamos a tener que escuchar otro sermón más sobre los invasores que se hacían llamar a sí mismos «cruzados»?

El Copto saboreó un poco la confusión que se había instalado entre nosotros. Y, después de un largo silencio, decidió explicarse:

«Pueden destruir la ciudad, pero no conseguirán acabar con todo aquello que ésta nos ha enseñado. Por eso, es preciso que ese conocimiento no tenga el mismo destino que nuestras murallas, casas y calles. Pero ¿qué es el conocimiento?»

Como nadie contestó, él continuó: «No es la verdad absoluta sobre la vida y la muerte, sino aquello que nos ayuda a vivir y a afrontar los desafíos del día a día. No es la erudición de los libros, que simplemente sirve para alimentar discusiones inútiles sobre qué sucedió o qué va a suceder, sino la sabiduría que reside en el

corazón de los hombres y las mujeres de buena voluntad.»

El Copto dijo:

«Yo soy un erudito y, aunque haya pasado todos estos años rescatando antigüedades, clasificando objetos, anotando fechas y debatiendo sobre política, no sé qué decir. Pero en este momento le pido a la Energía Divina que purifique mi corazón. Vosotros me haréis las preguntas y yo las contestaré. En la Antigua Grecia era éste el modo de aprender de los maestros: sus discípulos les hacían preguntas sobre algo en lo que nunca habían pensado antes, y ellos se veían obligados a contestar.»

«¿Y qué haremos con las respuestas?», preguntó alguien.

«Algunos escribirán lo que digo. Otros recordarán las palabras. Pero lo importante es que esta noche partáis hacia todos los rincones del mundo y divulguéis lo que habéis oído. Así, el alma de Jerusalén se preservará. Y un día podremos reconstruirla no sólo como una ciudad, sino como el lugar en el que ha de converger otra vez la sabiduría y donde volverá a reinar la paz.»

«Todos nosotros sabemos lo que nos espera mañana —dijo otro hombre—. ¿No sería mejor hablar sobre

cómo negociar la paz o de qué modo prepararnos para el combate?»

El Copto miró a los patriarcas, que estaban a su lado, y después se dirigió a la multitud:

> «Nadie sabe lo que nos reserva el mañana, porque cada día llega con el mal o el bien.

Así pues, al preguntar lo que deseáis saber, olvidad las tropas que están fuera de la ciudad y el miedo que está dentro de ella. Nuestro legado no será decirles a aquellos que heredarán la tierra qué pasó hoy; eso se encargará la historia de hacerlo. Les hablaremos, en cambio, de nuestra vida cotidiana, de las dificultades que nos vimos obligados a afrontar. Al futuro sólo le interesa eso, porque no creo que vaya a cambiar gran cosa en los próximos mil años.»

Entonces mi vecino
Yakob le pidió:

«Háblanos sobre la derrota.»

¿Puede una hoja, cuando cae del árbol en invierno, sentirse derrotada por el frío?

El árbol le dice a la hoja: «Éste es el ciclo de la vida. Aunque pienses que vas a morir, realmente aún sigues en mí. Gracias a ti estoy vivo, porque pude respirar. También gracias a ti me sentí amado, porque pude dar sombra al viajero cansado. Tu savia está en mi savia, somos una sola cosa.»

¿Puede un hombre que se ha preparado durante años para escalar la montaña más alta del mundo sentirse derrotado cuando llega a la falda del monte y descubre que la naturaleza lo ha cubierto con una tempestad?

El hombre le dice a la montaña: «Ahora no me quieres, pero el tiempo cambiará y un día podré subir hasta tu cima. Mientras tanto, sigue ahí esperándome.»

¿Puede un joven, al ser rechazado por su primer amor, afirmar que el amor no existe? El joven se dice a sí mismo: «Encontraré a alguien capaz de entender lo que siento. Y seré feliz el resto de mis días.»

No hay ni victoria ni derrota
en el ciclo de la naturaleza:
hay movimiento.

El invierno lucha para reinar soberano, pero al final se ve obligado a aceptar la victoria de la primavera, que trae consigo flores y alegría.

El verano quiere prolongar sus días calientes para siempre, pues está convencido de que el calor es beneficioso para la tierra. Pero termina aceptando la llegada del otoño, que permitirá que la tierra descanse.

La gacela come hierba y es devorada por el león. No se trata de quién es el más fuerte, sino de cómo Dios nos muestra el ciclo de la muerte y de la resurrección.

Y en este ciclo no hay vencedores ni perdedores: sólo etapas que hay que superar. Cuando el corazón del ser humano comprende eso, es libre. Acepta sin pesar los momentos difíciles y no se deja engañar por los momentos de gloria.

Ambos van a pasar. Uno sucederá al otro. Y el ciclo continuará hasta liberarnos de la carne y hacer que nos encontremos con la Energía Divina.

Por tanto, cuando el luchador esté en la arena —ya sea por elección propia o porque el insondable destino lo puso allí—, que su espíritu tenga alegría en el combate que está a punto de empezar. Si mantiene la dignidad y el honor, puede perder la batalla, pero jamás será derrotado, porque su alma estará intacta.

Y no culpará a nadie de lo que le está sucediendo. Desde que amó por primera vez y le rechazaron entendió

que eso no mató su capacidad de amar. Lo que vale para el amor vale también para la guerra.

Perder una batalla, o perder todo lo que pensamos poseer, nos entristece. Pero cuando pasa ese momento, descubrimos la fuerza desconocida que existe en cada uno de nosotros, la fuerza que nos sorprende y hace que nos respetemos más a nosotros mismos.

Miramos a nuestro alrededor y nos decimos: «He sobrevivido.» Y nos alegramos con nuestras palabras.

Sólo los que no reconocen esa fuerza dicen: «Me han derrotado.» Y se entristecen.

Otros, a pesar del sufrimiento por haber perdido y humillados por las historias que los vencedores cuentan de ellos, se permiten derramar algunas lágrimas, pero nunca sienten pena de sí mismos. Saben que el combate sólo se ha interrumpido y que, por el momento, están en desventaja.

Escuchan los latidos de su propio corazón. Notan que están tensos. Que tienen miedo. Hacen balance de su vida y descubren que, pese al terror que sienten, la fe sigue iluminando su alma y empujándolos hacia adelante.

Intentan averiguar en qué se equivocaron y en qué acertaron. Aprovechan que han caído para descansar, curar las heridas, descubrir nuevas estrategias y prepararse mejor.

Y llega un día en el que un nuevo combate llama a su puerta. El miedo sigue ahí, pero tienen que actuar, o permanecerán para siempre tirados en el suelo. Se levantan y se enfrentan al adversario, recordando el sufrimiento que vivieron y que no quieren volver a vivir.

La derrota anterior los obliga a vencer esta vez, ya que no quieren sufrir otra vez el mismo dolor.

Y si la victoria no llega esta vez, llegará la próxima. Y, si no la próxima, será la siguiente. Lo peor no es caer; es quedarse tirado en el suelo.

Sólo es derrotado el que desiste.
Todos los demás saldrán victoriosos.

Y llegará el día en el que los momentos difíciles serán sólo historias que contarán, orgullosos, a aquellos que quieran escuchar. Y todos las oirán con respeto y aprenderán tres cosas importantes:

A tener paciencia para esperar el momento justo de actuar.

Sabiduría para no dejar escapar la siguiente oportunidad.

Y orgullo de sus cicatrices.

Las cicatrices son medallas grabadas a fuego y hierro

en la carne que asustarán a sus enemigos, pues demuestran que la persona que está frente a ellos tiene mucha experiencia en el combate. Muchas veces, eso los llevará a buscar el diálogo y evitará el conflicto.

Las cicatrices hablan más alto que la hoja de la espada que las causó.